¿La ética se enseña?

¿La ética se enseña? Desde luego no se la podría enseñar como una asignatura académica más, pero sí es posible transmitirla. Y es ésa la responsabilidad de quienes educan: maestros que apoyan los conocimientos que comunican sobre una experiencia profesional y humana. El maestro no “enseña” ética: la transmite en la comunicación de sus ideas, junto con sus principios y convicciones. La transfiere al compartir con sus discípulos ideales de libertad, de dignidad, de compromiso.

Fanatismos, obediencias irracionales, ausencia de crítica, dogmas sumisamente acatados pertenecen a universos ajenos a la universidad, en todo caso, a cualquiera digna de ese nombre. Como profesor universitario que soy y he sido por muchos años, creo en una universidad que no es solo centro de altos estudios destinado a acumular conocimientos o a producirlos, sino, también, lugar donde los estudiantes, generalmente jóvenes estudiantes, ya no el niño que dejó atrás el colegio, ni el adulto formado -o deformado- ya incapaz de cambiar sus perspectivas, tienen mucho que aprender éticamente. No se entiende, no entiendo, una universidad empeñada en convertir a sus estudiantes en seres entregados a la repetición de argumentos junto a los cuales alcanzar el más triste, el más lamentable de los resultados: dividir el universo entero entre quienes piensan como nosotros; y los otros: todos los demás.

Como profesor he ido entendiendo, también, que lo que comparto con mis estudiantes se apoya sobre una comunicación muy difícil de realizar con otros, con los hijos, por ejemplo. Entre padres e hijos suele existir mucha memoria deformando o contaminando eso que un padre pueda transmitir y la manera en que puede ser escuchado. Mientras que un joven discípulo, si el maestro logró granjearse su respeto e interés gracias a una bien entendida autoridad, sí se sentirá dispuesto a escuchar a su maestro, a compartir sus razones y a participar de sus verdades.

“Autoridad” proviene etimológicamente del verbo latino “augeo”; y significa, entre otras cosas, “hacer crecer”. Detenta la autoridad quien ayuda a otros a crecer y ejerce su ascendiente sobre ése a quien educa. Mucho más que “mandar”, quien es autoridad ofrece su veteranía. Está en capacidad de educar porque –se supone- ha sido capaz de educarse a sí mismo. La deformación de la idea de autoridad se produce cuando se la relaciona con miedo al castigo. Jamás deberá confundírsela con opresión o temor. Ella se apoya por entero, sí, en una disciplina que permita establecer las prioridades de cuanto el educador sabe que resulta importante dar a conocer. Se sustenta, también, sobre el respeto hacia quien enseña a otros a entender y a entenderse.

Ser autoridad en modo alguno significa que el profesor se imponga a sí mismo como modelo único. Su reto será mostrarse “responsable” de ese mundo que da a conocer a sus discípulos. Lo que significará para ellos no aceptarlo tal cual es sino intervenir en él para convertirlo en lo que debería ser. Ningún verdadero maestro podría ser neutral o indiferente ante esas visiones del mundo que comparte con sus discípulos. Su deber será comenzar por estimular una visión crítica en ellos.

Tras muchos años como profesor en áreas definidas académicamente como “especializadas”, creo haber terminado por convertirme en un profesor “generalista”, apoyado, esencialmente, en el propósito de divulgar valores y principios relacionados con verdades insoslayables: la libertad, el valor de la autenticidad y la solidaridad, la necesidad de la perseverancia, el irrenunciable apoyo del idealismo y la esperanza… Creo y apoyo una educación donde la ética nunca deje de estar presente. Una educación que signifique enseñar al estudiante a ser más autónomo y libre.

Si realmente cree en su labor, el maestro ha de ser necesariamente optimista. Su tarea docente es una interminable apuesta por la perfectibilidad del ser humano, por su posibilidad de crecer, de cambiar, de mejorar. Evocaré a dos famosos profesores universitarios: Umberto Eco y Jacques Derrida. Cada uno de ellos dibujó versiones idealizadas de universidades capaces de encarnar los más altos valores. Eco, en un discurso pronunciado en Tel Aviv, cuando la universidad de esa ciudad le otorgó un doctorado *Honoris Causa*; y Derrida, en una conferencia dictada en la universidad de Stanford, dijeron cosas muy parecidas: las universidades están destinadas a inculcar en sus estudiantes una conciencia democrática nutrida en el respeto y la tolerancia; llamadas, además, a promover, junto a la transmisión de conocimientos, la creatividad, la imaginación y la sensibilidad.

Tanto para Eco como para Derrida, los valores esenciales de una universidad son la libertad, la tolerancia y la búsqueda de la verdad. La verdad, como alguna vez la describiera Albert Camus, es “misteriosa, huidiza, y siempre hay que tratar de conquistarla”. A la libertad el mismo Camus la definió de “peligrosa”, “dura de vivir” y “exaltante”.

Verdad y libertad: dos ideales; dos realidades de las cuales, estudiantes y profesores, ya acostumbrados a ellas, no podrían prescindir. Por cierto, al ideal de la búsqueda de la verdad se asocia el inmarcesible símbolo universitario de la luz: luz que vence las sombras desterrándolas para siempre del espacio del entendimiento. Verdad y luz, verdad como luz: imágenes de un proyecto semejante: servir a esa sociedad a la cual la universidad se debe; pero frente a la cual precisará siempre conservar, celosa, cierta independencia.

En cuanto a la tolerancia, ella se relaciona con uno de los grandes principios de la vida universitaria: el reconocimiento y el respeto por el otro. El tiempo universitario acerca a estudiantes y profesores en la pasión por el saber y la valoración del espíritu crítico. El diálogo, la polémica, la crítica… Se trata de respetar lo que dicen los otros aunque no lo compartamos, de entendernos unos y otros aunque no estemos de acuerdo; de aprender que los otros son nuestros iguales, de reconocer el valor de la diversidad de criterios y el sentido humano de la discrepancia. Cito a Eco: “… ser diferentes no es malo. Es malo querer impedir que los demás sean diferentes.”

Más allá de las universidades, y pensando en principios éticos esenciales para toda forma de convivencia humana, recordaré aquí la que, acaso, sea una de las reflexiones más válidas en relación a modelos de coexistencia social tolerante y solidaria. Pienso en *La otra voz*, uno de los últimos libros de Octavio Paz. En él Paz desarrolla significativas reflexiones acerca de los ideales políticos de la modernidad. Ante los grandes lemas de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad, Paz se pregunta: ¿qué pasó con la fraternidad? El mundo ha conocido muy bien el ideal de libertad privilegiada por sobre la igualdad; o de ésta dominando el principio de libertad; pero hasta el momento nadie ha conocido una fraternidad que hubiese significado la comunicación ética de los otros dos grandes ideales.

Fraternidad: algo parecido a la caridad, muy semejante a la solidaridad y la concordia… ¿Qué pasó con ella? La libertad tiene un contrapeso terrible en el desenlace de mucho poder en manos de muy pocos. La igualdad, que, en principio, significa igualdad de oportunidades para todos, frecuentemente concluyó en la existencia de todopoderosos Estados policíacos exigiendo de todos los seres humanos absoluta sumisión al siempre amenazante poder de algún partido o hacia la carismática figura de un idolatrado personaje. Mientras el ideal de libertad pudo llegar a corromperse en la iniquidad de una justicia diferente para unos, los poderosos; y para otros, los desvalidos, el ideal de igualdad terminó traduciéndose en el aplastamiento de toda forma de disconformidad. Entre el uno y el otro, el ideal de fraternidad hubiese significado una respuesta ética capaz de hacer menos cruel la injusticia de la “libertad” y la inhumanidad de la “igualdad”.

Es el gran desenlace de *La otra voz*: un necesario sentido ético para el destino de la historia humana. Algo que Paz define como un modo más “poético” de vivir, de comportarnos y de relacionarnos los seres humanos unos con otros.

Convivir “poéticamente” en medio de sociedades más justas, con desigualdades menos flagrantes y mecanismos coercitivos menos inhumanos. Sociedades más “poéticas” dentro de un mundo más “poético”: metáfora de la poesía como algo que va muchísimo más allá de tradicionales acepciones literarias; ideal inspirador de lo humanamente superior, de lo moralmente elevado y digno. Poético sería, por ejemplo, eso que Aristóteles definía de “armonioso” o “virtuoso”. Poética sería la voz del arte o la voz del conocimiento y la sensibilidad humanos proyectándose sobre el universo a la espera de distinguir alguna respuesta de éste. ¿Respuesta o, acaso, un espiritualizado eco de la voz de los hombres?